-LOS LÍMITES DE LA VIDA-

Una novela sobre lo que somos

David Bueno
Salvador Macip
Eduard Martorell

laGalera

Primera edición: septiembre de 2014

Diseño de la portada: Mariano Rolando
Ilustración de la portada: *La Selva* - Carnovsky

Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© David Bueno, Salvador Macip y Eduard Martorell,
2014, por el texto
© La Galera, SAU editorial, 2014, de la edición
en lengua castellana

Autores representados por Sílvia Bastos, Agencia literaria

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona
www.lagalera.com / lagalera@lagaleraeditorial.com
facebook.com/editoriallagalera / twitter.com/editorialgalera

Impreso en Liberdúplex
Ctra. BV 2247. Km 7,4. Pol. Ind. Torrentfondo.
08791 Sant Llorenç d'Hortons
Depósito Legal: B-14.741-2014
ISBN: 978-84-246-4962-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

HISTORIA CLÍNICA

1. DATOS DE IDENTIFICACIÓN DEL PACIENTE

Apellidos y nombre [redacted], LARA		Cama 89 Historia Clínica 36.A45
Sexo Varón ☐ Mujer ☒ Indet ☐	Fecha de nacimiento Día 12 Mes 2 Año [redacted]	Informante DR. D. Rovira
Nombr del padre Ramón	Nombre de la madre Cristina	Nombre hermanos/as Pablo

2. MOTIVO DE CONSULTA Y ENFERMEDAD ACTUAL

Paciente de 14 años, mujer, sin antecedentes familiares importantes, que desde hace dos años y medio presenta un cuadro de Lupus Eritematoso Sistémico con breves crisis agudas, controlables con tratamiento (ver abajo el listado de hospitalizaciones previas y tratamientos).

ENFERMEDAD ACTUAL: la paciente presenta un episodio de LUPUS que requiere hospitalización, con fiebre persistente y dolores musculares importantes. Después de seis días ingresada en planta sin responder a tratamiento, es trasladada a UCI debido a empeoramiento de los síntomas, con aumento de fiebre, derrame pleural, dificultad para respirar, hematuria, desorientación y pérdida de conocimiento.

3. ANTECEDENTES FAMILIARES

(Marcar con X e indicar el parentesco)

Edad	☐ Diabetes	☐ Congénitos
	☐ Cáncer	☐ Epilepsia
		☐ Tuberculosis
		smo

Capítulo 1

I

Cuando Lara abre los ojos, descubre que está en una habitación fría. No tiene el toque humano de la planta donde ha pasado los últimos días. Claro que esta sensación también podría tenerla porque es un entorno nuevo, diferente, y que Lara asocia con la derrota, con el abismo hacia el que la está empujando su enfermedad.

El blanco que lo recubre todo, tan limpio, parece un intento desesperado de excluir todo lo que pueda hacer daño a los desafortunados que tienen que pasar la noche en esta cama. Solo ve una ventana pequeña en un lateral que interrumpe el vacío de las paredes y, al otro lado, un cristal que da a la sala donde las enfermeras hacen guardia las veinticuatro horas frente a los monitores. Aparte de eso, la de-

coración es mínima: una silla y una mesilla de noche.

Lara se sorprende al ver que sus libros están sobre la mesilla, pero agradece encontrárselos allí. Necesita un punto de referencia, algo cercano a lo que poder agarrarse en medio de la incertidumbre que está viviendo. Tendrá que pasar la noche sola, conectada a una máquina que leerá constantemente los latidos de su corazón, con un tubo en la vena para no dejar de recibir el suero con el nuevo cóctel de fármacos que le dan, y otro saliéndole del pulmón, por entre las costillas, que drenará el agua que se le acumula y que hace que cada vez cueste más que entre oxígeno en su cuerpo. Ya que no puede tener a su familia junto a ella, al menos los libros le recordarán que hay una vida fuera de ese entorno exageradamente aséptico.

«Una vida que quizá no recuperaré nunca más», se dice.

La verdad es que cada vez tiene menos ganas de luchar. Sobre la cama, junto a la mano, tiene el botón para llamar a las enfermeras, pero no sabe si ni siquiera podrá reunir suficiente energía para apretarlo cuando las necesite.

Se da cuenta de que también le han traído el móvil. Quizás han creído que tendría fuerzas para comunicarse con alguien. «Son demasiado optimistas», piensa Lara. Los dedos no le responderían si intentara teclear un número. Tampoco es que tenga voluntad para hacerlo. Si encendiera el teléfono, lo primero que vería es un mensaje que no quiere contestar. Y debajo, al menos cinco o seis más de la misma persona. Ahora no puede enfrentarse a eso.

Cierra los ojos un momento e intenta inspirar profundamente, pero las costillas no quieren moverse; es como si las tuviera soldadas. Trata de aprovechar el poco aire que le llega a los pulmones y tranquilizarse un poco.

El doctor Rovira ha intentado animarla hace un rato, pero aunque sus ojos querían ocultarlo, ha notado algo en ellos que no había visto antes. Le ha pedido que sobre todo no desfallezca, que siga esforzándose. Que si no se rinde saldrá de esta. Que debe tener un poquito más de paciencia.

Paciencia. Ya no le queda mucha. Las otras veces había confiado ciegamente en el doctor Rovira y su equipo, pero ahora no lo ve tan claro.

No. Está sola. Ella y la enfermedad, y nadie más. Nadie que la pueda ayudar.

–Diría que no puedes dormir, ¿verdad?

Lara abre los ojos otra vez. Frente a ella ve una figura tan blanca que parece que brille con luz propia en la penumbra de la habitación. Es una mujer joven que lleva puesta una bata.

–No –dice Lara tras mirarla unos momentos. Le ha costado pronunciar la palabra, como si tuviera la boca dormida.

–¿Quieres un poco de compañía?

El primer instinto de Lara es contestar con una negativa. Pero aquella doctora tiene algo... Tal vez es la sonrisa, tal vez los ojos tan alegres, o la calidez de su rostro. Tal vez es su juventud, que la hace parecer más cercana que el doctor Rovira, aquel ademán de estar en la flor de la vida, y la firmeza de alguien que tiene veintitantos años y cree que está a punto de comerse el mundo. No sabe por qué, pero hace que se sienta segura, como si estuviera delante de alguien que conoce desde hace mucho tiempo.

La mujer interpreta el silencio como una invitación.

Coge la silla y se sienta al lado de la cama.

—Venga pues —le dice con voz cálida—, charlamos un poco hasta que cojas el sueño, ¿de acuerdo?

—¿Puedes? Quiero decir, ¿no tienes que estar en otro lugar, encargarte de algo?

—Ahora me encargo de ti. ¿Es que no es un trabajo importante?

—¡Muy importante! Al menos para mí... —Lara desvía la mirada—. Me irá bien tener alguien cerca un rato. Me espera una noche un poco difícil...

—Ya lo sé.

—Claro que lo sabes, ¡que para eso tú eres la doctora y yo la enferma! Seguro que habrás visto en el informe o en algún sitio que las próximas horas son críticas, que no saben si saldré de esta.

—¿Eso te han dicho?

—No es necesario que utilicen las palabras exactas. Llevo tanto tiempo tratando con médicos que entiendo lo que quieren decir incluso cuando se quedan callados. Añádele alguna frase que he cazado al vuelo, la cara de preocupación de mis padres... y que me siento como si me hubiera atropellado un camión. Estoy jodida, no me cabe duda.

—Mujer, no debes tomarte las cosas tan dramáticamente...

Lara hace un esfuerzo y levanta los dos brazos.

—Mírame. En cuidados intensivos, llena de cables y tubos que entran y salen de mí. ¡Esto no tiene buena pinta! Es un brote muy fuerte. Si mi cuerpo no reacciona, esta vez lo tengo crudo, porque esto no habrá quien lo pare.

—Pues entonces será cuestión de echarle una mano, ¿no? A ver si entre todos conseguimos superarlo.

«Echarle una mano». Otra vez esa frase. El doctor Rovira no deja de repetirlo. «Todo irá bien. Tú échanos una mano y verás cómo lo tenemos solucionado en un santiamén».

—Si fuera tan fácil... —dice Lara en voz baja.

—No, fácil no será, pero nadie dice que sea imposible.

Lara mueve la cabeza de un lado a otro.

—¡Me gusta tu optimismo!

—Perfecto, porque optimista lo soy un rato.

Las dos sonríen.

—Quizás me vendrá bien... —acepta Lara, extrañamente confortada—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Carmen. Me puedes llamar Carmen. —Mira a Lara fijamente a los ojos y finalmente dice—: De acuerdo, estás jodida. Aceptemos esta parte.

–¡Aceptarla es fácil! –se queja.

–Espera, déjame terminar. Tu cuerpo se está esforzando en superar un ataque bastante importante, que además viene de dentro, de sus propias células. Estás en el lugar adecuado: te están dando el mejor tratamiento posible. Además –señala hacia el cristal– te vigilan constantemente. Si pasa cualquier cosa, tendrás aquí a un ejército de profesionales listos para solucionarlo. Esta parte ya está cubierta. ¿Qué nos queda?

–No sé... –Finge que piensa–. ¿Que se produzca un milagro?

–No, no –contesta Carmen sonriendo por la ocurrencia de Lara, aunque ella lo ha dicho en serio–. Nos queda tu parte. ¿Qué puedes hacer tú para ayudar?

–Uf... –resopla Lara–. Nada. Ese es el problema.

–No es verdad. Tú también desempeñas un papel en todo esto. Muy importante, además.

–Ya me dirás cuál.

–No rendirte.

–Ya.

–En serio. Si dices basta, se acabó lo que se daba. Estás en un momento crítico, Lara, tú mis-

ma lo has reconocido, y tienes que luchar con todas tus fuerzas para superarlo.

–¿Y si no me quedan más fuerzas?

–Las encontraremos, tranquila. –Sus palabras suenan seguras, sin un deje de duda–. Ante todo, empecemos con eso de ser un poco más positiva, venga.

–Uy, sí, positiva. ¡Como si pensar en pajaritos y puestas de sol me pudiera curar!

–Ah, ¿ves? Has encontrado las primeras imágenes positivas.

–¿El qué?

–Eso de los pájaros, el sol... Hay muchas cosas bonitas a nuestro alrededor. Muchas cosas que hacen que valga la pena vivir, seguir luchando. Este es un planeta fascinante, no me digas que no te habías dado cuenta antes.

–Sí –dice Lara haciendo una mueca–, lleno de desechos, microbios que te enferman y más gente de la que cabe. Una maravilla, oye.

Carmen levanta un dedo para detenerla.

–Ahora te estás centrando solamente en el lado negativo.

–En mi estado, ya me dirás si estoy para algo más...

Lara tose para confirmar sus palabras, y esto hace que Carmen se levante y se acerque a ella. Le pone la mano en la frente sin dejar de hablarle.

—Haz un esfuerzo. Piensa un poco. ¿Cuál es la primera cosa bonita que te viene a la mente?

—El enfermero del turno de mañana. Está para comérselo.

El comentario le ha salido de forma espontánea, sin pensarlo, y eso le ha sorprendido, porque no creía que le quedaran ganas de bromear.

Es la primera vez que lo hace en días.

—¿Ves como puedes ser positiva, si quieres? —ríe Carmen—. No, me refería a la Tierra. Una imagen bonita, venga.

Lara decide seguirle el juego. Lo piensa unos segundos.

—El mar.

—El mar. Fantástico, ¿verdad? El agua es una maravilla. Un estallido de vida.

—¿De vida? —se extraña Lara—. El mar es agua. No querrás hacerme creer que el agua está viva, ¿verdad?

—No exactamente, no, claro. Pero casi podrías considerar que el agua es vida en forma líquida. Mira, por ejemplo, en el agua de mar, la cantidad

de bacterias que encontramos es muy abundante: una media de cien millones por cada litro.

Lara pone cara de asco.

—¡Aj! ¡Acabas de fastidiarme la idea romántica que tenía del mar! ¡Si estás intentando enseñarme lo bonito que es este planeta y cómo es de hermosa la vida, no lo estás enfocando muy bien!

—Todo lo contrario. Piénsalo: el mar es algo más que un paisaje. Es, en realidad, algo animado. ¡Está lleno de vida en todos los rincones!

—Qué quieres que te diga... —dice Lara, poco convencida, con la idea de los microbios aún en la mente.

—Y la maravilla no se termina aquí —continúa Carmen sin hacerle caso—. Si saltamos a tierra firme y buscamos en el agua dulce veremos que también hay muchísimos microorganismos viviendo allí. La cantidad varía mucho, porque encontramos más en el agua estancada, quieta, donde se va acumulando materia orgánica, que en el agua que se mueve muy rápidamente, como por ejemplo la de un torrente de alta montaña. También encontramos más en aguas que están a temperaturas elevadas que en aguas muy frías. La cantidad de bacterias en un charco que hace

unos días se ha formado en un campo en verano es muy superior a la cantidad que encontraremos si lo miramos en invierno, por ejemplo. ¿Esto no te parece interesante?

—Vale, lo admito —dice Lara con desgana—: tiene su gracia. Allí donde hay un poco de agua hay vida. No te diré que no sea curioso. Pero básicamente me estás diciendo que el agua es como una gran sopa llena de animalitos. ¡No es una imagen muy poética, que digamos!

—Pues sí, se podría considerar así. Y ahora verás que aún hay cosas más curiosas.

—Sorpréndeme...

—Ahí va una: los virus que encontramos en el mar están repartidos uniformemente. Es decir, los encontramos en la superficie pero también si tomamos muestras a cinco mil metros de profundidad, por ejemplo. En cambio, esto no ocurre con las bacterias: son mucho más numerosas en los primeros trescientos metros de profundidad. Qué misterio, ¿verdad? ¿Y sabes por qué?

—Espera, espera... —Lara piensa un poco; cree que tiene que ser una cuestión de lógica. Finalmente aventura una respuesta—: ¿Por la luz?

—Exacto. A las capas profundas no llega la luz

y por ello la concentración de bacterias también disminuye muy significativamente. Si no hay luz, no hay seres vivos que puedan realizar la fotosíntesis, por lo que hay mucha menos materia orgánica de la que alimentarse.

Lara está contenta de haber acertado. Se incorpora un poco en la cama, haciendo un gran esfuerzo. Al principio la conversación le ha parecido una pérdida de tiempo, pero Carmen ha conseguido animarla un poco. Recuerda haber leído datos similares a estos en algún lugar, no sabe dónde, pero ahora por primera vez se fija en lo que quieren decir exactamente. Y esto hace que, de repente, le vengan a la mente un montón de preguntas, como si se le hubiera abierto una compuerta en algún rincón del cerebro.

—Pero entonces, si me dices que los virus en el mar están en todas partes... ¿cómo lo hacen? ¿Cómo es que no se acumulan en unas zonas más que en otras? Y, espera, ahora que lo pienso: ¿y la sal y todos los demás componentes que hay en el mar? ¿Cómo se distribuyen de igual manera? ¿Qué pasa, que alguien remueve la sopa para asegurarse de que no se forman grumos?

—Algo así, sí. Las aguas de los mares y océanos

se han de remover, efectivamente, porque si no se mezclan, no sería posible la existencia de toda la vida que acogen. Ahora no hablo solamente de microbios: muchos animales no podrían vivir a gran profundidad porque no llegaría suficiente oxígeno, por ejemplo. Es fundamental que el oxígeno que está disuelto en el agua del mar se reparta de igual forma entre todas las capas.

Lara medita unos instantes.

—¡Ya lo tengo! Lo hace el viento, ¿verdad? El viento y las olas son las que lo mezclan todo.

—Sí, el viento es uno de los factores determinantes de la mezcla de las aguas saladas. El viento genera olas, como muy bien has dicho, que son mayores cuanto más fuerte es el movimiento del aire, y esto hace que el agua se mezcle, hasta cierto punto. Pero aún hay más. Las mareas también hacen su trabajo: el movimiento ascendente y descendente del nivel del mar genera remolinos en la costa que transfieren estas corrientes mar adentro. Y eso no es todo: también se sabe que las diferentes densidades facilitan que el agua suba y baje. Las aguas más frías son más densas que las más cálidas, por lo tanto bajan y ganan profundidad. Si se calientan en el fondo, por ejemplo a

causa del calor que se puede transmitir desde una zona de contacto entre placas tectónicas, entonces grandes masas de agua pueden volver a subir hacia la superficie.

Poco a poco, Lara va entrando en el juego que Carmen le ha propuesto con sutileza para distraerla. Y funciona: se ha olvidado por un momento de que le duele todo y está intentando entender lo que le cuenta.

—Si es cuestión de temperaturas —dice—, también debe de influir que las aguas de los polos sean más frías que las que hay, no sé, en las zonas tropicales, ¿verdad?

—Sí, eso también crea corrientes marinas importantes a escala global. Y aún podríamos hablar de las aguas muy saladas, que serán más densas que las menos saladas y también crearán movimiento. Debido a todo esto, las aguas no dejan de mezclarse. Pero aún hay más.

—¿Más? —la interrumpe Lara—. ¡Pero si esto ya parece una coctelera!

—Sí, sí: más. Te has olvidado de los peces y otros animales marinos.

—¿Los peces? Ah, ya. Deben causar algún efecto también cuando nadan.

—Exacto. Pero no todos los animales marinos nadan igual, ni tienen la misma forma, por lo tanto no todos remueven el agua igual de bien. Los hay que son muy estilizados y que generan pocas turbulencias a su alrededor cuando se mueven. Los animales que tienen esta forma de huso, aerodinámica, son rápidos y se deslizan por el agua con una facilidad sorprendente. Muchos peces, como los atunes, las sardinas o el pez espada, y mamíferos marinos, como las focas, los delfines y las orcas, tienen esta forma y nadan a gran velocidad. O sea, que no nos sirven de mucho para mezclar. No dirías nunca cuáles son los animales que más agitan el mar...

—Mmm... No sé... —piensa un momento antes de responder—. ¿Nosotros? Los humanos, quiero decir. ¡Cuando estamos en la playa montamos un buen jaleo! Y además tenemos barcos que lo remueven todo con sus hélices...

—Sí, es cierto, pero no te creas: los humanos no tienen tanto impacto mar adentro o en las capas más profundas. No, ya hace unos años que se sabe que uno de los grupos de animales más importantes en cuanto a remover el mar son las medusas.

—¿Las medusas?

—Es debido a la forma de su cuerpo: por el hecho de no ser nada aerodinámicas, arrastran mucha agua en sus desplazamientos. Cuando están a una cierta profundidad y suben hacia la superficie, hacen subir también mucha agua fría, que luego volverá a bajar, como te decía antes.

—Pues vaya con las medusas... —repite incrédula—. Mira que es un rollo cuando te las encuentras en la playa, y ahora resulta que sirven para algo.

—¡Todo tiene alguna función en este planeta! Los seres vivos están interconectados, se influyen unos a otros. La vida tiene eso: es sorprendente y fantástica.

—Bueno, sí, fantástica... —Lara pone cara de asco—. Qué quieres que te diga, yo a las medusas prefiero no tenerlas muy cerca si puede ser. Que remuevan todo lo que quieran, pero lejos de mí, por favor. Si desaparecieran todas de repente seguro que no sería una gran pérdida. Seguro que algún otro animalito podría hacer su trabajo.

—Quizá. La posición líder en cuanto a los agitadores del mar la tienen unos organismos minúsculos: un gran grupo de crustáceos muy pe-

queños. Son como gambitas, y son esenciales en el esquema de la vida, porque existen en cantidades enormes. Son la comida principal de muchos otros animales marinos, incluidas las ballenas. En este caso, funcionan bien removiendo el agua principalmente porque hay muchos, no tanto por su forma. ¿Ves como todo está relacionado? Desde los seres más pequeños hasta los más grandes.

—Es muy curioso, tienes razón —admite Lara sin entusiasmo. Todavía no quiere demostrarle a Carmen que todo esto le interesa mucho.

—Es que el mar es muy especial, Lara. A lo largo de los siglos, muchas personas lo han adorado y admirado con fascinación. El movimiento del mar siempre ha sugerido a los humanos que, de una manera u otra, ocultaba vida.

—Como cuando en la prehistoria pensaban que el fuego estaba vivo porque se movía, ¿verdad? Lo vi en un documental.

—Eso mismo. Pero es que ponte un momento en el lugar de los hombres primitivos... Tú, ¿qué hubieras creído? El fuego es una manifestación de energía, como lo es un torrente de agua o las olas, y también los animales que corren, vuelan o nadan. No es tan raro confundir movimien-

to con vida, si no conoces todos los detalles. El fuego debía de tener ya un componente mágico para ellos. No solo se movía sino que emitía calor y luz, y si las llamas eran lo bastante grandes, incluso ruido. Parece que sea vida, pero es justo lo contrario: las altas temperaturas destruyen la materia viva.

—De eso se debieron dar cuenta la primera vez que un hombre de las cavernas intentó poner la mano en el fuego...

—Quizá incluso antes, porque sus cuerpos ya sabían cómo sacar provecho de esta característica destructora de las altas temperaturas... ¿Sabes por qué tenemos fiebre?

—¿Para sentirnos fatal y no salir de la cama?

—Y algo más. Es una buena reacción de defensa contra los microbios que nos invaden: a ellos tampoco les gusta el calor, y unos cuantos grados de más pueden resultar mortales. Claro que si la fiebre sube mucho y se mantiene por un largo período de tiempo puede llegar a afectar a nuestras propias células, que también son sensibles a las subidas de temperatura, como todas. Por eso no podemos dejar que una fiebre alta se mantenga durante muchas horas.

Lara se toca la frente. Parece que ahora no tiene fiebre pero no lo podría asegurar. Durante los últimos días la fiebre no le ha dado tregua y esto ha contribuido a que se encontrara peor. Y a pesar de todo, su cuerpo no luchaba contra ninguna bacteria, en principio. Luchaba contra sí mismo...

—Para que haya fuego —continúa Carmen, y Lara vuelve a la realidad—, es necesaria la combinación de tres «ingredientes»: la cosa que arde, normalmente compuestos orgánicos, como el carbón, la madera o la gasolina; oxígeno; y una energía que active el proceso, que se puede obtener con una chispa o, sencillamente, con temperaturas elevadas. Así es como comienza la combustión.

—La combustión, claro... —dice Lara moviendo la cabeza despacio—. Espera, ¿qué quería decir exactamente eso de combustión? Me suena que me lo han explicado en clase pero ahora mismo no lo sitúo...

—Te lo explico. La combustión es una reacción química en la que un elemento que puede quemarse se combina con otro, que se llama comburente, y desprende calor y luz, vapor de agua y un óxido.

—Vale, no he entendido nada de lo que me has dicho.

—Sí que lo has entendido, ya verás. Para encender un fuego, para que haya combustión, como te decía antes, primero se necesita el combustible, lo que quema.

—Obvio.

—Una segunda cosa es la que se combina con la primera. Lo que te decía que llamamos comburente. Normalmente es el oxígeno: sin oxígeno no hay fuego.

—Eso lo sabe hasta un niño de primaria. Por eso hay que evitar las corrientes de aire en un lugar donde hay fuego, y por eso cubrimos lo que se quema para que se apague, como el aceite de una sartén... Es una manera de hacer que no llegue el oxígeno.

—¿Ves? No era tan complicado. El tercer elemento de la combustión es un producto resultante, un óxido, que puede ser el monóxido de carbono o el dióxido de carbono, o una combinación de ambos.

—Estos también los conozco —interviene con suficiencia—. Son los que hacen que te ahogues si hay un incendio, aunque te parezca que estés lo

suficientemente lejos de las llamas para no quemarte.

—Eso es —dice Carmen satisfecha.

Lara piensa en el mar y luego en el fuego. Dos imágenes que pueden ser hermosas, que pueden parecer igual de vitales, pero que representan las dos caras de la misma moneda. Dos extremos de la vida: un medio confortable que contiene una variedad inmensa de seres y un estallido espectacular de energía devastadora.

—Es curioso que nos pueda parecer viva una cosa que en realidad está mucho más cercana a la muerte... —dice al final, levantando un momento la mirada hacia el techo.

—Sí, el fuego está a unas temperaturas que no bajan de los 400 grados centígrados, y la materia viva se quema a temperaturas muy por debajo de esas. El fuego es energía, en eso se parece a la vida, pero también es muerte. Ambas cosas suelen ir muy ligadas...

—Mira, me parece que prefiero quedarme con el ejemplo del mar, que es menos... peligroso.

No se atreve a decir que lo último que quiere ahora mismo es pensar en algo que le recuerde a un ser vivo destruyéndose.

En 1991 entendiste la filosofía con
El mundo de Sofía.

En el 2011 entendiste la física
cuántica con
La puerta de los tres cerrojos.

En el 2014 *Los límites de la vida*
harán que ames la biología.